

el carruage á la puerta de esta casa, y al momento partiremos. A todo accedí: fué volando Don Álvaro á Revilla, y en breve tiempo volvió con sus tres compañeros montados. Sacáronme de en medio de mis criadas, que, no sabiendo qué pensar de este acontecimiento, huyeron despavoridas. Sola Ines era sabedora de todo; pero no quiso unir su suerte con la mia, porque estaba enamorada de un page de Don Ambrosio; lo que demuestra que el afecto de los mas fieles criados no resiste á la prueba del amor. Entré en el coche con Don Álvaro, no llevando conmigo sino alguna ropa, y ciertas joyas que tenia antes del segundo matrimonio; porque nada quise tomar de lo que me habia regalado el marques cuando su casamiento. Seguimos el camino de Galicia sin saber si tendríamos la fortuna de llegar allá. Temíamos con razon que al volver de Burgos Don Ambrosio viniese en seguimiento nuestro, acompañado de mucha gente, y que nos alcanzase; pero caminamos dos dias sin que ninguno nos siguiese. Esperábamos que sucediera lo mismo en la tercera jornada, y ya caminábamos tranquilamente. Contábame Don Álvaro la triste aventura que habia dado motivo á la voz esparcida de su muerte, y el modo de haber recobrado su libertad despues de cinco años de cautiverio, cuando encontramos en el camino á los ladrones en cuya compañía estabais vos. El que mataron con todos sus acompañados es el mismo, y el que me hace derramar el torrente de lágrimas que ahora cae de mis ojos.



CAPÍTULO XII.

Del modo poco gustoso con que fué interrumpida la conversacion de la señora y de Gil Blas.



ON efecto se deshacia en lágrimas Doña Mencía al acabar de hacerme su relacion. Dejéle dar entera libertad á los suspiros, y lloraba yo tambien: tan natural es interesarse en el dolor de los infelices, y muy particularmente en el de una muger hermosa y afligida. Iba á preguntarle qué partido queria tomar en la coyuntura en que se hallaba, y quizá ella misma iba tambien á consultarme lo propio, si no hubiera sido interrumpida nuestra conversacion. Oimos en el meson un gran rumor, que llamó nuestra atencion. Causábale la venida del corregidor, que acompañado de dos alguaciles y muchos ministriles se entró en el cuarto donde estábamos. El primero que se acercó á mí fué un caballero que venia en compañía del corregidor: paróse á mirar muy de espacio y muy de cerca mi vestido, y despues de alguna suspension exclamó diciendo: —¡Vive el cielo que esta es mi mismísima ropilla! la conozco tan bien como he conocido mi caballo. Sobre mi palabra que podeis prender á este hombre honrado. Sin duda es uno de los ladrones que tienen no sé qué oculta madriguera en este pais.

Al oir aquellas palabras me persuadí que sin duda me habia tocado por desgracia mia el despojo de aquel caballero, y por consiguiente me quedé sorprendido é inmutado. El corregidor, que por su oficio debia juzgar antes mal que bien de la turbacion en que me veia, hizo juicio de que la acusacion no era mal fundada; y sospechando que la señora podia

¹ Véase una nota en el capítulo XI del libro tercero

tambien ser cómplice, nos hizo prender á los dos, y poner en cuartos separados. No era este juez de aquellos de rostro grave y ceñudo; antes bien mostraba un semblante apacible y risueño, acompañado de un modo de hablar dulce y cariñoso; pero sabe Dios si era mejor que los primeros. Luego que estuve en la prision, vino á ella con sus dos precursores, esto es, sus dos alguaciles, los cuales, segun su buena costumbre, empezaron por registrarme bien las faltriqueras. ¡Qué dia para aquella honrada gente! Acaso en todos los de su vida no habian tenido otro semejante. A cada puñado de doblones que me sacaban, estaba viendo que rebosaban sus ojos de alegría. Hasta el mismo corregidor parecia que estaba fuera de sí.—Hijo, me decia en un tono lleno de miel y dulzura, no estrañes ni tengas recelo de lo que ejecutamos, que en esto no hacemos mas que nuestro oficio. Si estás inocente, nada te perjudicará. Mientras tanto fueron poco á poco aliviando del peso mis bolsillos quitándome aun lo que habian respetado los ladrones, quiero decir, los cuarenta ducados de mi tio. Escudriñáronme de piés á cabeza sus codiciosas é infatigables manos, haciéndome volver á todos lados, y despojándome de todos los vestidos para ver si tenia guardado algun dinero entre el pellejo y la camisa. Despues que cumplieron tan esactamente con aquella su importante obligacion, el corregidor me hizo sus preguntas. Satisficelas presto, refiriéndole ingénuamente todo lo sucedido. Hizo escribir mi declaracion, y partió con su gente y mi dinero, dejándome desnudo sobre la paja.

—¡Oh, vida humana! exclamé cuando me ví solo en aquel miserable estado, ¡qué llena estás de contratiempos y de caprichosas aventuras! Desde que salí de Oviedo no he experimentado mas que desgracias. Apenas salgo de un peligro cuando caigo en otro. Al llegar á esta ciudad estaba muy lejos de pensar que en tan poco tiempo habia de conocer á su corregidor. Haciendo estas reflexiones inútiles me vestí la maldita ropilla y lo restante de la ropa que me habia puesto en aquel estado; y despues hablándome y alentándome á mí mismo:—Ánimo, Gil Blas, me dije, valor y constancia. Vamos claros; piensa que despues de este tiempo vendrá quizá otro mas dichoso. ¡Será bueno desesperarte porque te ves en una prision ordinaria, despues de haber hecho tan penoso ensayo de tu paciencia en la tenebrosa cueva? ¡Mas ay! añadí tristemente, yo me alucino y me lisonjeo. ¡Cómo será posible que salga de esta cárcel, cuando acaban de quitarme los medios de conseguirlo? Un pobre encarcelado sin dinero es un pájaro á quien cortan las alas.

En lugar de la liebre y de la perdiz que habia mandado componer, me trajeron un pedazo de pan negro y un jarro de agua, dejándome tascar el freno en mi calabozo. En él estuve quince dias enteros, sin ver en

todos ellos otra persona que el alcaide, que venia todas las mañanas á registrar y renovar las prisiones. Cuando le veia, intentaba querer entablar conversacion con él para desahogarme algun tanto; pero aquel hombre nada respondia á cuanto le preguntaba. Jamas me fué posible sacarle ni una sola palabra. Entraba y salia muchas veces sin dignarse siquiera de mirarme. Al décimo sexto dia se dejó ver el corregidor, y me dijo:—Ya puedes alegrarte, porque te traigo una buena nueva. Hice que fuese conducida á Burgos la señora que venia contigo, ecsaminéla sobre quién eras, y tu conducta y sus respuestas te justificaron. Hoy mismo saldrás de la cárcel, con tal que el arriero en cuya compañía veniste desde Peñafior á Cacabelos, segun has dicho, confirme tu declaracion. Está en Astorga, ya le he enviado á llamar, y le estoy esperando. Si conviene su declaracion con la tuya, inmediatamente te pongo en libertad.

Consoláronme mucho estas palabras, y desde aquel momento me consideré fuera de todo enredo. Dí gracias al juez por la buena y pronta justicia que me queria hacer; y apenas habia acabado mi cumplido cuando llegó el arriero entre dos alguaciles. Conocíle inmediatamente; pero el bribon, que sin duda habia vendido mi maleta con todo lo que tenia dentro, temiendo le obligasen á restituir el dinero que habia recibido si confesaba que me conocia, dijo descaradamente que no sabia quien yo era, y que jamas me habia visto.—¡Ah traidor! exclamé yo, confiesa que has vendido mi ropa, y respeta la verdad. Mirame bien. Yo soy uno de aquellos mozos á quienes amenazaste con el tormento en Cacabelos llenando á todos de miedo. El taimado respondió muy friamente que le hablaba una jerigonza que él no entendia; y como ratificó y mantuvo hasta el fin aquel solemnísimo embuste, mi libertad se difirió hasta mejor ocasion.—Hijo, me dijo el corregidor, bien ves que el arriero no concuerda con lo que declaraste, y así no puedo soltarte por mas que lo deseo. Convínome, pues, armarme nuevamente de paciencia, y resolverme á estar todavía á pan y agua, y sufrir al silencioso carcelero. Cuando pensaba en que no podia salir de entre las garras de la justicia, siendo así que no habia cometido delito alguno, me desesperaba con este triste pensamiento, y echaba menos el lóbrego soterráneo.—Bien reflexionado, me decia yo á mí mismo, allí me hallaba menos mal que en este calabozo. Por lo menos en aquel comia y bebia alegremente con los ladrones. Divertíame con ellos, y me consolaba la dulce esperanza de poderme escapar algun dia; pero seré quizá muy feliz si solo puedo salir de aquí para ir á galeras, á pesar de mi inocencia.



CAPÍTULO XIII.

Por qué casualidad sale Gil Blas de la cárcel, y á dónde se encaminó despues.



MIENTRAS yo pasaba los días y las noches en desvariar entregado á mis tristes reflexiones, se divulgaron por la ciudad mis aventuras, ni mas ni menos que yo las habia dictado en mi declaracion. Muchas personas me quisieron ver por curiosidad. Venian unas en pos de otras, y se asomaban á una ventanilla que daba luz á mi prision, y despues de haberme mirado algun tiempo se retiraban silenciosas. Sorprendiόμε aquella novedad. Desde mi entrada en la cárcel nunca habia visto alma viviente asomarse á la tal ventanilla que caia á un patio donde habitaban el silencio y el horror. Me hizo creer que yo habia llamado la atencion de la ciudad, pero no acertaba á pronosticar si seria para mal ó para bien.

Uno de los primeros que ví fué el muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que en Cacabelos se escapó, como yo, de miedo del tormento. Conoció luego, y él no fingió desconocerme como lo habia fingido el arriero. Saludámonos uno y otro, y entablamos una larga conversacion, en la cual me ví precisado á hacerle una nueva relacion de mis aventuras: lo que produjo dos efectos diferentes en el ánimo de los circunstantes, pues que los hice reir, y me atraje su compasion. Él por su parte me contó lo que habia pasado en el meson de Cacabelos entre el arriero y la muger despues que un terror pánico nos habia separado de ella. En una palabra, contóme todo lo que dejó ya dicho. Despidióse despues de mí, prometiéndome que sin perder tiempo iba á hacer todo lo posible para que me dieran libertad. Desde entonces todas las personas que, como él, habian venido á verme por mera curiosidad, me aseguraron que mis desgracias les movian á compasion, ofreciéndome al mismo tiempo unirse con aquel mozo para solicitar que me librasen de la cárcel.

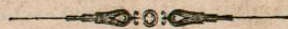
Cumplieron efectivamente su palabra. Hablaron en favor mio al corregidor, quien, no dudando ya de mi inocencia, particularmente desde que el niño de coro le contó todo lo que sabia, tres semanas despues vino á la prision, y me dijo:—Gil Blas, aunque, si fuese yo un juez severo, podria detenerte aquí, no quiero dilatar mas tu causa. Vete: ya estás libre, y puedes salir cuando quisieres.—Pero dime, prosiguió, si te llevaran al bosque donde estaba el soterráneo, ¿no le podrias descubrir?—No, señor, le respondí; porque como entré en él de noche, y salí antes del dia, no me seria posible dar con él. Con eso se retiró el juez diciendo que iba á dar órden al carcelero que me franquease la puerta. Con efecto, un momento despues vino el alcaide con sus satélites, que traian un lio de ropa, los cuales con mucha gravedad, y sin decir una sola palabra, me despojaron de la casaca y de los calzones, que eran de paño fino y casi nuevo, me metieron por la cabeza una especie de chamarreta muy vieja y muy raída á manera de escapulario, y concluida esta ceremonia, me pusieron á la puerta de la cárcel echándome á empellones fuera de ella.

La vergüenza que padecí al verme en tan mala ropa moderó mucho la alegría que comunmente tienen los presos cuando han recobrado su libertad. Tuve impulsos de salirme inmediatamente de la ciudad por huir de la vista del pueblo, que no podia sufrir sin rubor; pero pudo mas mi agradecimiento. Fuí á dar las gracias al cantorcillo á quien debia tanta obligacion. No pudo dejar de reir luego que me vió.—A lo que advierto, dijo, parece que la justicia ha hecho contigo todas sus habilidades.—No me quejo de la justicia, le respondí, ella en sí es muy justa: solamente desearia yo que todos sus oficiales fueran hombres de bien y de conciencia. A lo menos me pudieran haber dejado el vestido; pues me parece que no le habia pagado mal.—Convengo en eso, me replicó; pero dirán que esas son formalidades que indispensablemente se deben observar. Y si no dime: ¿crees por ventura que el caballo en que veniste se ha restituido á su primer dueño? No lo creas: porque el tal caballo está actualmente en la caballeriza del escribano, donde se depositó como una prueba del delito, y yo estoy persuadido de que su amo verdadero nunca volverá á ver ni siquiera la grupera. Pero mudemos de conversacion, continuó el cantorcillo: ¿qué ánimo tienes, y qué piensas hacer ahora?—Mi ánimo es, le respondí, irme derecho á Burgos á buscar á la señora á quien liberté de los ladrones. Naturalmente me dará algun dinerillo, con el cual compraré unos hábitos nuevos, y partiré á Salamanca, donde procuraré aprovecharme de mi latin. Mi mayor apuro es que aun no estoy en Burgos, y es menester vivir en el camino.—Ya te entiendo, me replicó, aquí tienes mi bolsa. Está un poco vacia á la verdad; mas ya sabes tú que un pobre cantor no es obispo. Al mismo tiempo la sacó, y me la

puso en las manos con tan buena voluntad que no pude menos de aceptarla. Agradecíselo tanto como si me hubiera hecho dueño de todo el oro del mundo, y le pagué con mil protestas de servirle: cosa que nunca tuvo efecto. Después de esto nos despedimos, y yo salí de aquel pueblo sin ver á ninguna de las otras personas que habian contribuido á librarme de la prision, contentándome con darles dentro de mi corazon mil y mil bendiciones.

El cantorcillo tuvo mucha razon en no hacer ostentacion de su bolsa, porque en realidad encontré en ella poco dinero, y todo en calderilla. Por fortuna habia dos meses que estaba acostumbrado á una vida muy frugal, y todavía me restaban algunos reales cuando llegué al lugar de Puente-dura, poco distante de Burgos. Detúveme en él para saber de Doña Mencía. Entré en un meson, cuya huéspedera era una muger pequeña muy enjuta, vivaracha, y de mala condicion. Luego conocí por la mala cara que me puso que no le habia gustado mucho mi chamarreta, lo que fácilmente le perdoné. Sentéme á una asquerosa mesa, donde comí un pedazo de pan con un cuarteron de queso, y bebí algunos tragos de un detestable vino que me trajeron. Durante la comida, que era muy correspondiente á mi equipage, quise entablar conversacion con la huéspedera, que me dió á entender con un gesto desdeñoso que tenia á menos hablar conmigo. Supliquéla que me dijese si conocia al marques de la Guardia, si estaba lejos su casa de campo, y particularmente si sabia en qué habia parado la marquesa su muger.—Muchas cosas me preguntais, respondió muy desdeñosa. Sin embargo me contestó en abreviatura, y con muy mal talante, diciendo que la casa de campo de Don Ambrosio distaba una legua corta de Puente-dura.

Después que acabé de beber y de cenar, como era ya de noche, mostré que deseaba recogerme, y pedí un cuarto.—¡Un cuarto para él! me dijo la mesonera, mirándome de hito en hito con altivez y con desprecio: ¡un cuarto para él! Los cuartos de mi casa los reservo yo para gentes que no cenan pan y queso. Todas mis camas están ocupadas, porque estoy esperando á ciertos caballeros de importancia que vienen á hacer noche aquí: lo mas que te puedo ofrecer es el pajar, porque creo no será la primera vez que hayas dormido sobre paja. En esto decia mas verdad de lo que ella misma pensaba: no le repliqué palabra; abracé prudentemente el partido que me proponia; fuíme al pajar, y dormí con tranquilidad, como hombre que ya estaba hecho á trabajos.





CAPÍTULO XIV.

Recibimiento que le hizo en Burgos Doña Mencía.



O fuí perezoso en levantarme al día siguiente. Fuí á ajustar la cuenta con la huéspedea, que ya estaba levantada, y me pareció de mejor humor que el día antecedente. Atribuílo á la presencia de tres honrados cuadrilleros de la Santa Hermandad, que con mucha familiaridad hablaban con ella, y serian sin duda los caballeros de importancia para quienes estaban destinadas todas las camas. Informéme en el lugar del camino que guiaba á la casa de campo adonde yo queria ir, y se lo pregunté á un paisano que me deparó la suerte, del mismo carácter que mi antiguo mesonero de Peñafior. No contento con responderme á lo que le preguntaba, añadió que Don Ambrosio habia muerto tres semanas hacia, y que la marquesa, su muger, se habia retirado á un convento de la ciudad, que me nombró. Al punto me encaminé en derechura á Burgos, y sin pensar ya en la casa de campo fuí volando al monasterio en donde me dijeron que se hallaba Doña Mencía. Supliqué á la tornera se sirviese decir á aquella señora que deseaba hablarle un mozo recién salido de la cárcel de Astorga. Inmediatamente fué á darle el recado la tornera. Volvió ésta, y me hizo entrar en un locutorio, adonde dentro de poco ví llegar muy enlutada á Doña Mencía.

—Bien venido seas, Gil Blas, me dijo aquella viuda con modo muy afable: cuatro dias ha que escribí á un conocido mio de Astorga, suplicándole te fuese á ver, y que de mi parte te rogase vinieses á visitarme inmediatamente que salieses de la prision. Nunca dudé que presto te darian libertad. Bastaban para esto las cosas que yo dije al corregidor en descargo tuyo. Respondiéronme que ya con efecto estabas libre, pero que

no se sabia tu paradero. Temí no volverte á ver, ni tener el gusto de darte alguna prueba de mi agradecimiento, lo que hubiera sentido estremadamente. Consuélate, añadió, conociendo que estaba avergonzado de presentarme á ella en tan miserable estado: no te dé pena alguna el hallarte en el infeliz ropage en que te veo. Despues del gran servicio que me hiciste, seria yo la muger mas ingrata de las mugeres si no hiciera nada por tí. Mi ánimo es sacarte del mal estado en que te hallas; debo y puedo hacerlo, pues tengo bienes suficientes para poder corresponderte sin que me sea gravoso.

Los lances, continuó, que me sucedieron hasta el dia en que nos separaron para meternos presos, ya los sabes como yo: ahora voy á contarte lo que me aconteció desde entonces. Luego que el corregidor de Astorga dispuso que me condujesen á Burgos despues de haberme oido la relacion puntual de mis sucesos, me dirigí á la casa de Don Ambrosio. Causó mi llegada una general y estremada sorpresa, pero me dijeron que ya llegaba tarde, porque el marques, profundamente afligido por mi fuga, habia caído gravemente enfermo, y tanto, que los médicos desesperaban de su vida. Esta triste noticia fué un motivo mas sobre los muchos que ya tenia para llorar el rigor de mi fatal destino. Con todo eso quise que le avisasen mi llegada: entré despues en su cuarto, y corrí á arrojarme de rodillas á la cabecera de su cama, anegado en lágrimas el semblante, y el corazon traspasado del mas agudo dolor.—¿Quién te ha traído aquí? me dijo luego que me vió. ¿Vienes á complacerte en la obra de tus manos? ¿No te bastó haberme quitado la vida? ¿Era menester, para mayor satisfaccion tuya, que tus mismos ojos fuesen testigos de mi muerte?—Señor, le respondí, ya os habrá informado Ines de que yo huí con mi legítimo esposo, y á no ser el funesto accidente que me privó de él, nunca mas me hubierais vuelto á ver. Referíle al mismo tiempo como Don Álvaro habia muerto á manos de unos ladrones, y como me habian conducido al soterráneo, con todo lo demas que me habia sucedido hasta entonces. Apenas acabé de hablar cuando, alargándome cariñosamente la mano, me dijo con ternura:—Basta, hija, ya no me quejo de tí. ¿Pues qué! ¿debo por ventura culpar un proceder tan justo y tan honrado? Hallástete de repente con tu legítimo esposo á quien adorabas, y me abandonastes por irte con él: ¿podré nunca condenar con razon una conducta dictada por la conciencia y la justicia? No por cierto; ninguna razon tendria para quejarme. Por eso no permití que ninguno te siguiese. Respetaba en aquella fuga el sagrado derecho que la hacia lícita y aun necesaria, como tambien el debido amor que profesabas á tu querido y verdadero esposo. En fin, te hago justicia, y protesto que con haberte restituido á mi casa has recobrado toda mi ternura. Sí,

querida Mencía, tu presencia me colma de gozo y de consuelo: ¡mas ay, cuán poco me durará uno y otro! Conozco que mi última hora se va acercando. Apenas la suerte me volvió á juntar contigo, cuando me será necesario arrancarme de tí con el último adios. Redoblóse mi llanto al oír palabras tan amorosas, las que escitaron en mí una afliccion estremada. Aunque adoré á Don Álvaro, no lloré tanto por él. Murió Don Ambrosio al dia siguiente, y yo quedé dueña de la rica dote que me habia señalado en las capitulaciones. No es mi ánimo emplearla mal. Aunque soy todavía moza, ninguno me verá pasar á terceras nupcias. Esto, á mi parecer, solo es propio de mugeres sin pudor y sin delicadeza. Antes bien te digo que ya no tengo inclinacion al mundo, y que quiero acabar mis dias en este convento, y ser su bienhechora.

Tal fué el discurso de Doña Mencía, acabado el cual, sacó de la faltriquera un bolsillo, y me lo tiró por la rejá del locutorio adonde le pudiese alcanzar, diciendo:—Toma, Gil Blas, esos cien ducados, únicamente para que te vistas, y despues vuélveme á ver, porque no quiero se limite á cosa tan corta mi agradecimiento. Dile mil gracias, y le juré que no partiria de Burgos sin volver á despedirme de ella. Hecho este juramento (que estaba bien resuelto á no quebrantar) me fuí á buscar algun meson. Entré en el primero que encontré, pedí un cuarto, y para precaver el mal concepto que por el trage se podia formar de mí, dije al mesonero que, aunque me veia en aquellos pobres trapos, tenia con que pagar el gasto. Al oír estas palabras, el mesonero, que se llamaba Majuelo, y era naturalmente grandísimo bufon, mirándome y ecsaminándome atentamente de piés á cabeza, me dijo con cierto aire malicioso y chufletero,—que no necesitaba de mi aseveracion para conocer que sin duda haria yo en su casa mucho gasto, porque entre los remiendos de aquellos malos trapos se divisaba en mi persona un no sé qué de nobleza que le obligaba á creer que yo era un caballero de grandes conveniencias. No dejé de conocer que el bellaco se estaba burlando de mí; y para cortar de repente sus bufoneseas frialdades, saqué el bolsillo, y á vista suya conté sobre una mesa mis ducados, los que le obligaron á formar un juicio mas favorable de mí. Roguéle que me hiciese buscar algun sastre, á lo cual me replicó que seria mejor llamar á algun prendero, el cual traeria diferentes vestidos de todas clases para quedar pronto vestido del todo. Armóme el consejo, y determiné seguirle; pero como se acercaba ya la noche, dilaté este negocio hasta el dia siguiente, y solo pensé en cenar bien para resarcir lo mal que habia comido desde que salí del soterráneo.